

CAPÍTULO DÉCIMO

Conspiración militar del 19 de agosto. Reunión en casa de Mérilhou; palabras de Lafayette. Suscripción nacional. Comité directivo de 1820. Estado de los ánimos en París y en los departamentos, en el mes de junio. Proyectos de conspiración. Reuniones en el *Bazar Français*. El capitán Nantil; sus proposiciones. Preparativos de complot. Últimas medidas; plan de los conjurados; aplazamientos; el complot es denunciado. Arrestos.—Nacimiento del duque de Burdeos. La corte y los cortesanos.—Elecciones; su resultado; cambio en la composición de la Cámara. Principio de legislatura. Los señores Lainé, Villèle y Corbière son nombrados ministros sin cartera. Nuevos preparativos de resistencia abierta. Revolución española. Sucesos de Bayona. Fernando VII en Valençay.—Revolución de Nápoles. Los *Carbonari* italianos.—Amenazas y preparativos de Austria.—Reuniones de Troppan.—Alejandro y Metternich.—Declaración de los soberanos.

Cuatro semanas después de haberse cerrado las Cámaras, el 20 de agosto, el gobierno anunció el descubrimiento de una conspiración, que fué el primer complot militar urdido contra la Restauración monárquica.

La mayoría de los *Amigos de la libertad de imprenta*, á pesar del fallo que pronunciara la disolución de su sociedad, habían continuado reuniéndose, aunque discretamente y á mayores intervalos, cuando el asesinato del duque de Berry ocasionó su dispersión. Con tal motivo se deslindaron los campos entre los adversarios de la dinastía, y mientras los tímidos é indecisos se refugiaban en el retraimiento, los enérgicos y resueltos procuraban reanudar y extender sus relaciones. Una mañana se reunieron los señores de Lafayette, Voyer-d'Argenson, Beauséjour, Villalón y Dunoyer, en casa del abogado Mérilhou. Era á principios de abril. El gobierno acababa de presentar á la Cámara de diputados ese proyecto de ley electoral ultramonárquica, que ponía la elección de los diputados en manos de los diez ó doce mil propietarios mayores contribuyentes del reino. Hablaban del porvenir de trastornos y violencias que preparaba al país la creación de aquella nueva oligarquía, fundada únicamente en la riqueza, más concentrada de lo que estuvo, en anteriores siglos, la oligarquía de Venecia; más fuerte por el corto número de sus miembros, y más temible para los intereses generales del país que no lo había sido jamás la nobleza bajo la antigua monarquía. «Esta ley, decía Lafayette, es una declaración de guerra á muerte contra la Revolución; los realistas quieren acabar con el principio de libertad y de igualdad. Contra ese partido y sus ataques no nos queda más recurso que una resistencia á tiros. Pero hace falta el concurso de los departamentos para intentar algo en París. ¿Por qué no procuramos organizar en ellos algún movimiento?»

Estas indicaciones respondían á una idea que germinaba, desde hacía mucho tiempo, en el espíritu de muchos amigos políticos de Lafayette. Pocos días después, marchó Villalón á Bretaña y se avistó con los patriotas de Nantes, Rennes y Saint-Malo; Argensón escribió á Alsacia; Rey (de Grenoble) y Beranger (de la Drôme) trataban de poner en acción á los miembros de las diferentes *uniones* que habían subsistido en Grenoble y en algunas poblaciones inmediatas; y, mientras tanto, otros que habían pertenecido á la *Unión de París*, á la sociedad de *Amigos de la libertad de imprenta* ó al *Comité de acción*, establecían comunicaciones por otros lados, ó se esforzaban en reunir los diversos elementos

de insurrección que fermentaban en París, y que pronto habían de enardecer los acalorados debates de la Cámara sobre la ley electoral.

Semanas antes de la reunión de que acabamos de hablar, es decir, en el momento de promulgarse las dos leyes sobre la suspensión de la libertad de imprenta y de la libertad individual, los periódicos liberales habían anunciado la apertura de una *suscripción nacional*, destinada á defender y á indemnizar á los ciudadanos que fuesen víctimas de las dos leyes; un comité compuesto de diputados, comerciantes, industriales, abogados, militares y escritores había de centralizar las suscripciones, apoyar cerca de las autoridades las reclamaciones de los ciudadanos presos, socorrer á sus familias, y mantener, á este fin, una correspondencia activa y seguida con todos los departamentos.

La suscripción se organizó en seguida, establecieron-se las correspondencias y se nombró un comité, la mayor parte de cuyos miembros no contaban excederse del objeto expreso de su formación. En cambio, otros, como Lafayette, Argensón, Dupont y Mérilhou, se propusieron utilizar la asociación y sus medios de correspondencia para aquella resistencia armada que el primero había declarado como único medio eficaz contra los proyectos de la contrarrevolución; resistencia que se procuraba organizar en varios departamentos. Con la adhesión y el concurso de unos cuantos amigos políticos cuya opinión enérgica y carácter decidido conocían, constituyeron un comité por separado, especial, iniciador de las primeras intenciones de lucha abierta contra la Restauración.

Su acción no podía tener la fuerza que muchos supusieron; los hombres que lo formaban no tenían tesoros ni soldados, ni siquiera constituían la cabeza de un gran partido político unido por una doctrina común, sometido á una misma dirección y disciplinado por larga lucha. Pero bastó que los hombres del comité se alzaran valerosamente contra la reacción, mostrándose dispuestos á sacrificar su fortuna, su honor y hasta su vida, con tal de levantar á Francia de las humillaciones y de su doble caída y garantizar sus derechos discutidos y su libertad amenazada, para que no tardasen en encontrar las abnegaciones indispensables para los esfuerzos que se proponían intentar. Pero aún no habían logrado provocar más que vagos preparativos de complot y algunos proyectos de levantamiento en varias poblaciones de provincias, cuando se abrió la discusión de la ley electoral. Los disturbios que entonces agitaron á

París no estaban dirigidos por el comité, como alguien ha dicho; la irritación de los ánimos era bastante para producirlos y alimentarlos. Pero no existía aún connivencia alguna entre los descontentos de París, ni tenían éstos ninguna resistencia organizada. El único ejemplo de una mediana organización lo habían dado los estudiantes de medicina y de leyes, capitaneados por los jóvenes Joubert y Beslay, quienes, poco antes de los disturbios, se habían puesto en relaciones con Lafayette y comunicaban el impulso del comité directivo no solamente á los alumnos de ambas facultades, sino que también á gran parte de la juventud del barrio de las Escuelas, animada del mismo sentimiento político que aquellos estudiantes. Testigo de los males y vergüenzas de las dos invasiones, y engañada respecto á los sucesos de entonces por los hombres que en ellos habían desempeñado el principal papel, aquella juventud acusaba á los Borbones y á su partido de la doble caída de la independencia francesa.

Aquellos descontentos podían ofrecer útiles auxiliares á una insurrección; mas, para decidirla, se necesitaban elementos más enérgicos, instrumentos más sólidos. Y fué en el ejército donde, poco tiempo después de los disturbios de junio, el comité directivo encontró el apoyo que necesitaba.

Los militares de modesto origen estaban quejosos de la situación, que les tenía postergados mientras colmaba de favores á los jefes y oficiales pertenecientes á la antigua nobleza ó á la clase rica; y veían en el triunfo de las doctrinas ultrarrealistas la preeminencia de estos privilegiados, el olvido de sus propios servicios, la pérdida probable de su posición y la vuelta de las persecuciones. Las depuraciones hechas entonces por el nuevo ministro de la guerra, Latour-Maubourg, en todos los mandos y empleos del ejército, venían á justificar los temores de aquellos militares, procedentes casi todos de las fuerzas imperiales. A pesar de las órdenes severas dadas por los coroneles, los periódicos penetraban en los cuarteles, donde se hablaba en voz baja de los incidentes de la discusión de la ley electoral, considerada por aquellos antiguos soldados del Imperio como una amenaza para su porvenir. En los cafés y en sus restaurants trinaban contra las nuevas tendencias del gobierno, satirizaban á los oradores ministeriales y realistas, aplaudían los discursos de los liberales y proclamaban á éstos defensores de los intereses del país y de los derechos del ejército.

Tal era la situación de espíritu en las legiones que componían la guarnición de París, cuando, el 3 de junio, los oficiales de una de ellas, los de la legión de la Meurthe, recibieron el orden de personarse al lado del Palacio Borbón, á la hora en que solían terminar las sesiones. Aquella orden, dada por la superioridad con el objeto de aumentar el número de oficiales cuya presencia daba ánimos á los individuos encargados de insultar y maltratar á los diputados liberales, hizo que se encontrase en el teatro de los disturbios uno de los capitanes de aquella legión que más cargos hacían á los Borbones y á sus partidarios. Testigo mudo de las violencias sufridas aquel día por Chauvelin y de las brutalidades odiosas ejercidas contra los jóvenes que escoltaban á este diputado, el capitán en cuestión experimentó una indignación y una cólera tan grandes, que

hicieron germinar en su espíritu ideas de sublevación, que no tardó en confiar á su amigo el teniente Maillet, recordando estas palabras del general Lafayette: «Todo buen ciudadano está en el deber de conspirar contra un gobierno liberticida que conspira.»

En aquella época del mes de junio de 1820, la posición de los adversarios activos de la Restauración era la siguiente: en la Cámara, siete diputados buscando, de acuerdo con algunos hombres afectos como ellos á los principios de la Revolución, todos los medios de resistencia, procurando unirlos para una lucha abierta contra el partido que las dos invasiones habían hecho victorioso; en los departamentos, numerosos proyectos de complots, y, en algunos puntos, preparativos de insurrecciones; en París, una infinidad de reuniones particulares en que se discutía, no la necesidad, porque en esto estaban conformes, sino los medios de combatir y derribar al Gobierno.

Una de estas reuniones particulares se celebraba en el *Bazar Français*, vasta tienda de la calle Cadet, número 11, que tenía por administradores un señor Mallent y el coronel de reemplazo Sauset; por empleados, oficiales del antiguo ejército, y por tertulianos asiduos, el coronel Maziau, del cuerpo de cazadores de caballería de la ex guardia imperial; el Sr. Rey (de Grenoble), miembro del comité directivo; un paisano de este último, Dumoulin, antiguo ayudante de Napoleón, y otros oficiales de reemplazo ó en activo, entre ellos el comandante Bérard, de la legión de las Costas del Norte, y el teniente Maillet. Una noche en que los principales tertulios se quejaban de las dificultades con que tropezaban á cada momento para organizar un movimiento formal, Maillet anunció que un oficial amigo suyo, inteligente y activo, acababa de concebir un plan de insurrección militar que le parecía ofrecer probabilidades positivas de éxito; dijéronle que le presentase, y al día siguiente Maillet llegó al *Bazar* acompañado del capitán Nantil, el mismo de quien hemos dicho que se indignó contra los atropellos de que fueron víctimas los jóvenes que escoltaban al diputado Chauvelin.

Inmediatamente se hicieron mutuas confidencias. Nantil no estaba de acuerdo con los tertulianos del *Bazar*. Estos consideraban al Gobierno inatacable en París, en el centro de su acción y de sus recursos, y, convencidos de que un levantamiento no podía prosperar sin el auxilio de la explosión simultánea de insurrecciones en puntos lejanos de la capital, se habían esforzado hasta entonces en prepararlas; así es que el coronel Sauset organizaba un movimiento en Vitry, con el concurso de una compañía de veteranos; el coronel Maziau estaba en inteligencias con un regimiento de cazadores de caballería y un regimiento de infantería (legión del Sena), de guarnición en Asnières y en Cambray; hemos dicho ya los trabajos de Rey para una insurrección en el Delfinado. El capitán Nantil no negaba la importancia de las insurrecciones que estallasen lejos de París y en diferentes puntos á la vez; pero sostenía que un movimiento operado en el propio París sería mucho más eficaz, y afirmaba que, en la disposición de los ánimos que reinaba en los diferentes regimientos de la guarnición, aquellos cuerpos contenían elementos de complot suficientes para determinar por sí solos la caída de los Borbones. «Nada más fácil,

dijo, que reunir esos elementos dispersos y ponerlos en acción.» Se le suplicó que lo intentara; el comandante Bérard se ofreció á ayudarle, y los dos se pusieron inmediatamente en campaña.

De carácter abierto y resuelto, de inteligencia activa y culta, el capitán Nantil ejercía grande influencia en sus camaradas y en sus subordinados; así es que no tardó en aportar al complot la mayor parte de su legión. Uno de sus parientes, el sargento Chalin, de la guardia, no tardó en obtener la adhesión de muchos de sus compañeros del 2.º y 5.º regimientos de infantería, todos antiguos soldados del Imperio, que se alegraban á la idea de enarbolar de nuevo la bandera tricolor y de reemplazar la Restauración por un gobierno que tuviese en cuenta sus antiguos servicios en vez de considerarlos como un crimen. Igual éxito obtuvo el comandante Bérard en su legión. Estos esfuerzos eran secundados además por muchos oficiales generales ó superiores de reemplazo, que el Gobierno había perseguido y dejaba sin empleo. Los generales Pajol, Bachelu, Merlín, Maransín y Laffitte, los coroneles Ordener, Dentzel, Combe, Caron, Ferrari y Fabvier, el comandante Brice y otros, habían entrado en la conspiración, y utilizaban, para engrosar sus filas, sus numerosas relaciones con oficiales de todos los cuerpos y de toda graduación. La organización del complot marchó rápidamente: la legión de la Meurthe, la de las Costas del Norte, la 1.ª del Norte, parte del 2.º y del 5.º regimientos de la guardia, pertenecían á la conjuración desde fines de julio, y le daban bastante fuerza material para convertir el pronunciamiento, el día en que estallase, en una terrible insurrección. A pesar de la importancia del papel reservado á la tropa, Nantil y Bérard, en sus confidencias, no dejaban ignorar que el movimiento proyectado era sobre todo político. ¿Qué hombres le dirigían? ¿Qué gobierno iba á reemplazar al de los Borbones? Antes de hacer levantar sus armas á sus compañeros y á sus soldados, Bérard y Nantil quisieron que se les pusiese en presencia de los miembros del *comité directivo*, para saber cuáles eran sus intenciones.

Los numerosos adversarios de la Restauración tenían un fin común, que era el de derribar á los Borbones. Pero no estaban de acuerdo sobre lo que habían de hacer después del triunfo, dado el caso que triunfasen. En el seno mismo del comité directivo, el general Tarayre no admitía que pudiesen dejarse en olvido los derechos de Napoleón II; el general Lafayette, por el contrario, se oponía, como en 1815, á que se pronunciasen este nombre. Esta diversidad de pareceres, que se observaba entre los conjurados de toda categoría, aunque sin ser motivo de discordia, era objeto de acalorados debates entre los miembros del comité directivo; por último, se había llegado á una especie de transacción; la bandera tricolor iba á ser la señal del levantamiento, y, una vez en posesión de su soberanía, Francia determinaría libremente los principios y la forma de su gobierno.

A principios de agosto se apretaron los hilos del complot; las entrevistas de los principales conjurados fueron más frecuentes; en el *Bazar* se reunían todos los días Nantil, Bérard, Dumoulin, Rey, el general Merlín y otros oficiales generales ó superiores. Por su parte, el comité directivo no se limitaba á multiplicar

sus relaciones con las diferentes ciudades de provincia en que se habían preparado movimientos, y á activar su explosión, sino que, en París, hacía armar y vestir de guardias nacionales á un considerable número de estudiantes y jóvenes de toda profesión que destinaba á sostener el movimiento de la tropa y á atraer al paisanaje. Los gastos que todo esto ocasionaba no eran tan considerables como parecía; muchos conjurados se armaban y equipaban á sus expensas; parte de los fondos que servían para atender á estos gastos y de que era depositario habitual el Sr. de Ménilhou, no procedían tampoco de donde se supuso; no eran suministrados por ricos banqueros, ni por los hermanos de Napoleón, ni por el duque de Orleans, ni por el príncipe de Orange, como se dijo: eran el producto, en primer lugar, de las suscripciones pagadas por un gran número de conjurados, que ponían su fortuna, al mismo tiempo que su persona, al servicio de la causa común; luego, de donativos particulares, hechos á menudo por personas desconocidas y hasta ajenas á la política, pero que tenían un apego casi religioso á la Revolución y á sus principios.

Pronto no quedó por resolver más que una cuestión: ¿partiría la señal de París ó de provincias? Nantil sostenía con entereza que la iniciativa había de partir de la guarnición de París; pero en España y en Nápoles acababan de triunfar dos revoluciones empezadas en los puntos extremos de ambos reinos. Lafayette y los demás individuos del comité, dominados por el espíritu de imitación, no admitían que la insurrección por ellos preparada pudiese triunfar si se procedía de otra manera. «Manifestándose en la circunferencia, decían, el movimiento obligará á la monarquía á desamparar al centro; París se hallará indefenso y podremos hacer nuestra revolución con solo la guardia nacional,» añadía Lafayette. Los puntos de la circunferencia en que se preparaban pronunciamientos eran: al Norte, Amiéns, Lafère y Cambrai; al Este, Vitry, Epinal y BÉfort; en el Mediodía, Lyon y Grenoble; al Oeste, Nantes y Rennes. En todas estas poblaciones, la guarnición ó alguno de los cuerpos que la componían constituía la fuerza con que se contaba. En cada uno de estos puntos, la tropa comprometida había prometido pronunciarse tan pronto como se presentase un general ó un diputado enviado por el comité; pero en todas partes ese diputado ó ese general había de llegar tarde ó no había de llegar. El aborto de la conspiración militar de París, única que reunía elementos capaces de asegurarle el éxito, fué el resultado de causas diferentes; pero, antes de referirlas, vamos á decir cuál era el plan de los conjurados.

Para el éxito de la conspiración se contaba sobre todo con la posesión del fuerte de Vincennes. La mayor parte de los sargentos y algunos oficiales del batallón de infantería de la guardia, acuartelado en esta fortaleza, pertenecían al complot. Suponiendo que no entregasen el fuerte al presentarse para apoderarse de él, su complicidad paralizaría, al menos, la resistencia del resto de la guarnición, en el momento del asalto que iba á intentarse de noche. Este asalto, según el parecer de Nantil y del general Merlín, que habían visitado minuciosamente el castillo, no parecía haber de presentar obstáculos muy serios. Los invasores no sólo iban á encontrar al pie y á lo largo de uno de los muros exte-

riores, escaleras, tablas y andamios, allí colocados con motivo de las importantes obras de construcción y reparación que se estaban haciendo, sino que iban á poder entrar á pie llano en el fuerte, por medio de pasadizos echados por encima de los fosos para el servicio de los trabajadores y que conducían á brechas que habitualmente se dejaban abiertas. Finalmente y para mayor precaución, unos veinte oficiales reunidos al mando del coronel Saint-Charles, antiguo ayudante del general Fririon, emboscados cerca de la puerta principal, habían de esperar que ésta se abriese, precipitarse sobre la guardia y apoderarse de ella. La legión de la Meurthe era la encargada de salir de París, durante la noche, por la puerta Poissonnière, y dar aquel golpe de mano, bajo la dirección del capitán Nantil. Estaba convenido que, una vez ocupada la fortaleza, el general Merlín asumiría el mando, y que en él se instalaría inmediatamente un gobierno provisional, presidido por el general Lafayette. Al mismo tiempo que la legión de la Meurthe se dirigiría á Vincennes, la legión de las Costas del Norte, al mando del comandante Bérard, había de ir á juntarse en la plaza de la Bastilla con algunos centenares de jóvenes organizados en compañías de guardia nacional, ocupar el jardín Beaumarchais, vasto espacio fácil de convertir en formidable reducto, y dominar de este modo la línea de los bulevares y todas las inmediaciones del *faubourg* de San Antonio. En fin, la primera legión del Norte, después de salir de su cuartel á la misma hora, al mando del capitán Dequevauvilliers, había de instalarse delante del Ayuntamiento, en los muelles, á uno y otro lado del Sena, completando así la separación que se quería establecer entre los barrios populares de Saint-Marceau y Saint-Antoine y los barrios ricos de París.

Este plan, largo tiempo estudiado y que ponía la insurrección, sus tropas y su gobierno bajo la protección de la parte de la población parisiense más enérgica y más hostil á los Borbones, había sido aprobado por todos los generales y oficiales á quienes Nantil y Bérard lo habían comunicado. Adoptado por el comité directivo, su ejecución se fijó para el día 10 de agosto, fecha en que contaban que habrían estallado los pronunciamientos preparados en varios departamentos. Todos los conjurados estaban prontos para dicho día; pero el 9 recibieron contraorden: los pronunciamientos de provincias con que se contaba sufrían un retraso. Transcurrieron cinco días sin que los conjurados impacientes y ansiosos vieses señal alguna de insurrección. Sin gran confianza en las promesas de los conspiradores de los departamentos, Nantil, Bérard, Rey y Dumoulin se reunieron por última vez en el *Bazar* y acordaron que las legiones de que disponían tomarían decididamente las armas en la noche del 19 al 20. Preparóse de nuevo todo el mundo. Pero la víspera, es decir, en la noche del 18 al 19, la explosión de un polvorín en el interior del castillo de Vincennes hizo dirigir inmediatamente á aquel sitio numerosos destacamentos de la guardia real; este incidente causó cierta inquietud á los conjurados; sin embargo, no comprometió tanto como se supuso á la conspiración: los aplazamientos sucesivos de su ejecución hubieran bastado para hacerla abortar, porque el 18 estaban ya advertidos los ministros. El día 15, los sargentos Edme Petit y Gabriel Vidal, del segundo re-

gimiento de la guardia, habían sido objeto de tentativas de soborno que se apresuraron á revelar á sus jefes; revelación confirmada aquel mismo día por el informe de un agente de la policía militar, capitán Chénard, que había logrado captarse la confianza de varios iniciados; en fin, el 16 y el 17, el subteniente Amelloot, el teniente Drapier y el capitán Questroy, de la primera legión del Norte, denunciaron á su vez la conjuración. Simples instrumentos, estos reveladores no podían dar más que detalles muy incompletos; el gobierno no dió, pues, al complot y á su organización la importancia que en realidad tenían; las autoridades se contentaron con ordenar simples medidas de vigilancia, encargando á los sargentos y oficiales nombrados que continuasen recibiendo confidencias de los conjurados, y esperaron. Pero el 19, por la mañana, el duque de Ragusa, que recibía todos los informes militares, como mayor general de la guardia de servicio, enterado por los reveladores de que el movimiento había de estallar aquella noche misma, transmitió en seguida esta noticia á los ministros, que se reunieron por la tarde al objeto de tomar una resolución. El duque asistió al consejo. Varios ministros persistieron en querer que se limitasen á poner las Tullerías y el Louvre al abrigo de todo ataque, dejando que se iniciase el pronunciamiento, á fin de conocer á todos los conjurados y cogerlos *in fraganti*. Marmont contestó diciendo que si se dejaba estallar la insurrección habría derramamiento de sangre, y que sería más humano y más moral evitar la explosión, aun á riesgo de dejar escapar algunos culpables. Su parecer, apoyado por Richelieu, prevaleció. Inmediatamente se dieron órdenes de arresto á la policía militar y á la policía civil.

Nantil se paseaba por el *boulevard* Saint-Martin, hablando de las últimas medidas de ejecución con los coroneles Ordener y Dentzel, cuando un oficial y un sargento de su legión, que iban en su busca, le anunciaron que había llegado al cuartel la orden de prenderlo; quiso ir á su casa á quemar algunos papeles; dos gendarmes estaban de guardia á su puerta; retiróse y se refugió en el cuarto del estudiante de leyes Beslay. El día siguiente se avistó con algunos conjurados que habían quedado en libertad, é insistió en reanudar el complot. «El gobierno no puede saber gran cosa, decía; nada hemos perdido.» Pero aquel mismo día, Bérard, cediendo, según se dijo, á las súplicas y al llanto de su mujer, fué á encontrar al general Montélegier y le hizo las primeras revelaciones. Inmediatamente se hicieron nuevas y numerosas prisiones; las legiones comprometidas recibieron la orden de salir de París aquella misma noche, y partieron con los cuadros de oficiales diezmados por los arrestos operados en la noche del 19 y durante el día 20. La conjuración se hallaba disuelta.

Mientras la Cámara de los Pares, constituida en tribunal de justicia, empezaba la instrucción de este complot, cuyos elementos, momentáneamente dispersos, no habían de tardar en reunirse de nuevo y en organizarse, los ministros esperaban con impaciencia un acontecimiento en que tenía puesta su atención todo el partido realista: la duquesa de Berry entraba en el noveno mes de su embarazo.

Para la corte, para el gobierno y para los amigos todos de la dinastía, el nacimiento de un varón había de

asegurar para siempre los destinos de los Borbones y de la monarquía. Cumpliéronse los deseos de la familia real y de los realistas: el 29 de septiembre, siete meses y medio después de la muerte de su esposo, la joven viuda del duque de Berry dió á luz un hijo que recibió el título de *duque de Burdeos*, y que fué llamado también *el hijo del Milagro*, y luego *el hijo de Europa* por el cuerpo diplomático en su visita de felicitación á Luis XVIII, como testimonio de la especie de solidaridad establecida por los acontecimientos de los últimos treinta años entre todas las monarquías, y de la influencia ejercida por el estado político de Francia en la tranquilidad de las demás naciones y en la segu-



Medalla conmemorativa del nacimiento del duque de Burdeos

ridad de sus soberanos. Hubo con motivo del nacimiento del príncipe felicitaciones ruidosas, tumultuosas manifestaciones de alegría, protestas de lealtad y adhesión inalterables á la dinastía y de eterno amor al vástago real, expuestas en los innumerables mensajes enviados por los funcionarios de todos los órdenes y de todas las categorías; banquetes, bailes, juegos públicos, durante todo el mes que siguió al alumbramiento. El rey lo celebró distribuyendo treinta y cuatro cordones de la orden del Espíritu Santo. Todas las diputaciones, todos los funcionarios que se sucedían en las Tullerías, solicitaban invariablemente el favor de presentar sus respetos al recién nacido, y pudo verse llorar de alegría junto á su cuna á los mismos hombres que nueve años antes vertían lágrimas de júbilo saludando al hijo de Napoleón, y que diez y ocho años más tarde habían de renovar las mismas demostraciones de contento inclinándose, pocas horas después de su nacimiento, ante el heredero de la rama real cuyo advenimiento al trono condenaba las otras dos razas al destierro.

Cinco días después del nacimiento del duque de Burdeos, el 4 de octubre, el gobierno empezó á aplicar la nueva ley electoral nombrando los presidentes de los diferentes colegios. Los ochenta y seis colegios departamentales creados por esta ley habían de elegir 172 diputados; la serie de la antigua Cámara cuyos poderes expiraban comprendía además 52 miembros; eran, pues, 224 los nuevos nombramientos que habían de hacerse. Un real decreto de 11 de octubre convocó á los

colegios de distrito para el 4 de noviembre y á los de departamento para el 13. El resultado de estas numerosas elecciones justificó las advertencias y los reproches dirigidos por algún diputado á los miembros de la izquierda que habían votado en favor de la enmienda de Boín. Los colegios de departamento eligieron á una infinidad de ultrarrealistas; 76 de estos nuevos diputados habían pertenecido á la Cámara de 1815, y volvían no solamente con las mismas pasiones, sino que también con las cóleras concebidas contra las nuevas instituciones desde el real decreto de 5 de septiembre. El resultado de los escrutinios en los colegios de distrito fué algo menos desfavorable al partido liberal, que pudo sacar triunfantes algunos de sus candidatos. Pero la composición de la Cámara resultó completamente cambiada. Los liberales, en la última legislatura, reunían casi la mitad de los votos; en la nueva quedaban reducidos á unos ochenta.

Las Cámaras se abrieron el 19 de diciembre, y el acto no se celebró, como de costumbre, en el palacio Borbón, porque en aquel momento el rey no podía andar, y para trasladarlo de un punto á otro se hacía por medio de un sillón con ruedas. Los diputados y los pares se reunieron en el Louvre, en un vasto salón que comunicaba con las Tullerías por la galería de los cuadros. El discurso del trono no contenía más que vaguedades sobre el suceso de 13 de febrero, el nacimiento del duque de Burdeos, el estado económico del reino y la necesidad de un acuerdo perfecto entre todos los poderes públicos. Dos días después, una real orden nombraba ministros secretarios de Estado, individuos del consejo de ministros, pero sin cartera, á los señores Lainé, Villèle y Corbière. Estos nombramientos consagraban un hecho nuevo: después de cuatro años de ardiente lucha y de vanas tentativas, los hombres del partido monárquico y religioso llegaban por fin al poder; la contrarrevolución entraba en los consejos del gobierno. Todos los intereses creados por los acontecimientos de los últimos treinta años se alarmaron y se dispusieron á defenderse; y la resistencia tuvo que medirse por la violencia de los ataques que el caso hacía presagiar. Esta resistencia, que el fracaso de la conspiración del 19 de agosto había desorganizado un momento sin intimidarla, se preparó con más actividad y más extensión que nunca. Una nueva sociedad política secreta, cuyas bases fueron establecidas á principios de 1821, la sociedad de los *Carbonarios*, iba á comunicarle una inteligencia y un ardor fortificados por el triunfo, en dos pueblos vecinos, de dos revoluciones que ejercieron sobre la política general y sobre los acontecimientos franceses de aquella época una influencia considerable.

Lo que agitaba principalmente entonces á Francia era la lucha entre el *antiguo régimen* y la *Revolución*. Hacía diez años que esta lucha continuaba dentro y fuera de las Cámaras, entre el gobierno establecido á la vuelta de dos invasiones y las generaciones de la República y del Imperio. Y semejante situación era muy parecida á la que presentaban varias naciones europeas que las oleadas de la Revolución francesa habían invadido sucesivamente. España y los principales Estados italianos, repuestos, desde 1814 y 1815, bajo el dominio de sus antiguos príncipes y bajo el yugo de su viejo régimen político y social, no habían podido ver sin

irritación suprimir las instituciones en ellos importadas por la conquista ó por la influencia francesa; de ahí, en una y otra península y durante diez años, una agitación continua que hizo estallar dos revoluciones.

Doblegada al despotismo secular de una monarquía inerte, de una aristocracia enervada y de una infinidad de frailes ignorantes y corrompidos, España, en los primeros años del siglo décimonono, no daba aún señal alguna de vida política. Esta monarquía parecía destinada á una eterna inmovilidad, cuando, en mayo de 1808, los príncipes que la gobernaban salieron de Madrid y se marcharon á Bayona, con el objeto de someter sus querellas domésticas al arbitraje de Napoleón. Dichas querellas presentaban un carácter excepcional de violencia: el padre había detenido en persona á su hijo mayor, presunto heredero de la corona; puesto en libertad á consecuencia de un motín, el hijo había intimado á su padre que abdicara la corona y se había sentado durante algunas semanas en el trono. No describiremos las escenas que presencié Napoleón al comparecer en su presencia la familia real española. Carlos IV, sacando inesperada energía, no de su propio resentimiento, sino de las iras de su mujer, María Luisa de Parma, acusó á su hijo Fernando VII de haber conspirado contra su poder y contra su vida. La reina, uniendo la amenaza y la invectiva á las acusaciones, y dando á su hijo, que estaba de pie delante de ella, los nombres de traidor, rebelde y parricida, pidió al emperador que castigase al culpable entregando su cabeza al verdugo. «¡Qué mujer!, ¡qué madre!, exclamó Napoleón después de la entrevista; ¡me ha causado horror!» La pasión que impulsaba á María Luisa era, efectivamente, horrorosa: indiferente á la conducta de Fernando con Carlos IV, como padre y como rey, ó con ella misma, como esposa y como soberana, aquella madre pedía la muerte de su hijo sobre todo por vengar la injuria hecha á Godoy, el ambicioso favorito en cuyas manos tuvo María Luisa entregadas durante largos años la fortuna y la honra de España, y á quien Fernando hizo prender y confiscar los bienes durante su corta permanencia en el trono.

Una doble abdicación del padre y del hijo en favor de Napoleón puso término á aquellos deplorables debates. El emperador entregó inmediatamente á su hermano José la corona que acababa de recibir, y aquella sustitución extrañamente sancionada por una junta española reunida en Bayona fué acompañada de la promulgación de un acta constitucional en que se hallaban inscritas las reformas y las garantías necesarias para la regeneración material y moral de España. Después que aquella junta, compuesta de personajes del gobierno y de la corte de Madrid, hubo aceptado la constitución y reconocido al nuevo rey, éste pasó los Pirineos. Pero en vano se presentó José Bonaparte á sus nuevos súbditos con los mismos cortesanos, los mismos consejeros y los mismos ministros de su predecesor; en vano anunció que en adelante sería el único extranjero en su reino, y que Napoleón, resuelto á respetar la independencia del pueblo español y la integridad de su territorio, iba á retirar todas las tropas francesas acampadas entonces en Madrid y en algunas plazas fuertes de la Península; en vano implantó las instituciones políticas solicitadas desde hacía mucho tiempo por los espa-

ños ilustrados; la masa de la población rechazó el donativo á causa de la mano que lo ofrecía, é indignándose á la idea de someterse á la voluntad de un amo que la fuerza extranjera parecía quererle imponer, acudió á las armas. El pueblo español, olvidando los males que le habían causado sus príncipes y el desprestigio en que había caído su gobierno, se portó en aquellas circunstancias como un hombre de honor; desdendió su interés por no sentir más que el ataque infe-



Cuna del duque de Burdeos

rido á su independencia y la ofensa hecha á su altivez.

La formación de numerosas juntas insurreccionales fué el primer resultado de aquel movimiento nacional. Una vez entablada la lucha y generalizado el levantamiento, reuniéronse en Cádiz unas Cortes constituyentes con el objeto de nombrar un gobierno y proceder á la organización política del país. Reintegrado en su soberanía por su lucha contra el nuevo rey y por el abandono de sus antiguos príncipes, el pueblo español había de exigir derechos más latos y garantías más fuertes que los concedidos por el hermano de Napoleón. Sus representantes, puestos los ojos en la constitución francesa de 1791, dictaron la nueva ley política de conformidad con las aspiraciones generales del país. Esta ley constitutiva, promulgada el 15 de marzo de 1812, contenía, en efecto, el principio de todas las instituciones reclamadas por el progreso de los espíritus y necesarias al libre desenvolvimiento de la riqueza nacional. Pero las leyes de aplicación se hicieron esperar; osadas en la teoría, tímidas ante la práctica, las Cortes